

Toni Bolaño

Extremo nordeste

La CUP: los últimos bolcheviques de Occidente



Índice

- Portada
- Dedicatoria
- A modo de introducción
- 1. El movimiento de la izquierda independentista en el franquismo y los orígenes de la democracia
- 2. El nacimiento de la CUP
- 3. Una nueva formulación de la liberación nacional y social
- 4. Espejismo o permanencia de la CUP
- 5. La CUP , epicentro de la política catalana
- Agradecimientos
- Bibliografía
- Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A Montse:
sin su apoyo, su aliento y sus aportaciones, habría sido im-
posible*

A Jenny y Aitana, las niñas de mis ojos

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Lo que el lector tiene entre manos es un libro que trata de explicar las bases históricas e ideológicas de la izquierda catalana independentista y su evolución a lo largo de los años, desde aquel lejano 1968 en el que se fundó el Partit Socialista d'Alliberament Nacional (Partido Socialista de Liberación Nacional), surgido de los restos del independentismo del tardofranquismo. No es un libro fácil: se mencionan, sobre todo al principio, un buen número de siglas, nombres y referencias, imprescindibles para entender que la CUP no surgió por generación espontánea. Tampoco es un libro neutral, puesto que su autor no lo es.

El independentismo ha estado presente en la política catalana desde los años treinta y sobrevivió a la dictadura franquista mientras iba radicalizándose. En los primeros años de la Transición, esta nueva izquierda de carácter marxista-leninista estaba muy atomizada e inmersa en una profunda crisis que la dejó en puertas de la desaparición en numerosas ocasiones. Parecían enquistados en una ensalada de siglas con escasa implantación destinada a convertirse en un icono épico del pasado, en una breve reseña en los libros de historia. Más allá de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) parecía no haber vida. Los grupos y grupúsculos transitaban por la política catalana con más pena que gloria, y muchos de sus militantes se refugiaron en las entidades civiles, culturales y sociales que lideraban los movimientos reivindicativos. A través de estos movimientos, en 1986, surge la Candidatura de Unidad Popular (CUP) pa-

ra salvar los restos del naufragio anclándose en la actividad asociativa municipal. El éxito no es inmediato, pero sí va *in crescendo* desde 2003.

La CUP surge como la expresión de un movimiento asambleario y municipalista que da cuerpo a una nueva izquierda nutrida de anarquistas, trotskistas, grupos antisistema y antiglobalización que, junto a filosofías de la ultraizquierda europea, se suman al viejo e irredento independentismo. Es la nueva casa común de la izquierda, que se ha convertido en protagonista de la política catalana cuarenta años después de su germen inicial.

¿Cuáles son los motivos que han convertido a un partido asambleario, sin estructura orgánica, que apuesta sin ambages por la independencia de todas las comunidades de habla catalana —lo que se conoce como *Països Catalans*, o Países Catalanes— y socialista de inspiración claramente marxista y anticapitalista, en el referente inequívoco de la compleja y convulsa política catalana? ¿Qué ha motivado que ERC haya perdido su hegemonía en el movimiento independentista? ¿Este movimiento, heredero del activismo independentista del siglo pasado y de sus contradicciones, será un partido nacional o seguirá siendo un movimiento? ¿Su estructura resistirá el salto del mundo municipalista a la política nacional? ¿Qué factores han sido determinantes para que un partido de raíz marxista con planteamientos anticapitalistas y antisistema haya recogido los frutos del 15-M en Cataluña y haya robado la bandera de la izquierda a los partidos tradicionales?

¿Su apuesta independentista se refugia en la religión nacionalista o es un nuevo instrumento laico que pone en el mismo plano la liberación social y la nacional? ¿Cómo es posible que con sus postulados radicales y pancatalanistas se haya convertido en un movimiento transversal con apoyo de clases trabajadores y clases medias y con una fuerte implantación en la Cataluña rural y de ciudades de tamaño medio? ¿Tendrá continuidad en el tiempo o es solo un es-

pejismo? ¿Su radical y maximalista praxis política los consolidará como actores protagonistas o los relegará de nuevo a un segundo plano? ¿Cómo toman sus decisiones? ¿Cómo se coordinan? ¿Es una utopía una revolución social y nacional en la Europa del siglo XXI?

Sería pedante por mi parte pretender dar respuesta a todos estos interrogantes, pero a través de las siguientes páginas se intenta dar claves que ayuden a buscar respuestas. Se podrá estar a favor o en contra de la CUP, pero lo que es innegable es que hoy por hoy, y con seguridad mañana, la política catalana no se puede —ni se podrá— entender sin la CUP. Han venido para quedarse. O esa es su intención.

1

EL MOVIMIENTO DE LA IZQUIERDA INDEPENDENTISTA EN EL FRANQUISMO Y LOS ORÍGENES DE LA DEMOCRACIA

UN APUNTE

La génesis de la Candidatura de Unidad Popular tiene lugar cuarenta años antes de su fundación. En la década de 1960 surge el primer partido independentista en Cataluña que aboga por la ruptura de España, defiende un modelo socialista y, por tanto, lucha contra el capitalismo como forma de Estado. La CUP es heredera de esta tradición, aunque es algo más. Es heredera del movimiento independentista radical de los ochenta, de su independentismo vocacional y rupturista, pero también de la tradición de lucha social que inspiró el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) y del comunismo libertario, tiene una buena dosis de utopía que remite a los socialistas utópicos premarxistas —que tomaron forma con la Internacional Situacionista que se dio a conocer en el Mayo del 68 francés— y de las nuevas ideas revolucionarias que circulan en Europa bajo la firma del «Comité Invisible», y a los movimientos reivindicativos, que han calado en la plural sociedad catalana, basados en la lucha por un cambio social anticapitalista, ligados a la cultura libertaria y nada interesados —hasta la aparición de la CUP— por la emancipación nacional del independentismo clásico.

En todo este proceso, hay diferencias y hay similitudes que fácilmente se pueden encontrar hoy en los documentos, las posiciones y las contradicciones que tiene este nuevo movimiento de la izquierda independentista que ha llegado a la política catalana, después de años de estar encerrado en el municipalismo, con voluntad de quedarse. No lo tendrá fácil. Sus postulados de hoy son diferentes de los de ayer, aunque tienen su perfume, y ambos se inspiran en un lenguaje revolucionario que viene del ayer pero que hoy queda superado por la práctica política en los municipios y por la incorporación de sectores sociales que poco, o nada, tienen que ver con el independentismo de épica nacionalista de los últimos setenta años. La CUP ya no quiere solo la independencia, quiere un cambio de sistema social, y para conseguirlo, lograr un Estado propio es solo la primera parada de su camino.

DESDE EL FINAL DE LA GUERRA CIVIL A LOS PRIMEROS AÑOS DE LA DEMOCRACIA

El movimiento de la izquierda independentista tuvo escasa influencia en la sociedad catalana del franquismo. Solo Esquerra Republicana mantuvo actividad en el exilio dirigiendo el Gobierno de la Generalitat, pero no es hasta 1952 cuando Heribert Barrera vuelve a Cataluña para rehacer la organización en el interior. Otros grupos independentistas, situados al margen de ERC, estaban prácticamente desaparecidos. El partido del expresidente Francesc Macià, Estat Català, había quedado diezmado tras la contienda civil, y sus militantes se integraron —aunque mantuvieron su personalidad— en el Front Nacional de Catalunya, creado en 1940.

El FNC tenía una rama militar que trataba de oponerse al ejército franquista. Varios de sus militantes trabajaron como espías para el ejército británico, el Gobierno de Polonia

y la resistencia francesa, y confiaron en la ayuda de los aliados para derrocar al régimen fascista del general Franco. En 1943 sufrieron un duro golpe —*la caiguda dels 50* (la caída de los 50)— que dejó al partido en una situación de debilidad. En 1945, el FNC languidecía a causa de la actuación policial y apenas tuvo actividad excepto por su apoyo a la huelga de tranvías de Barcelona en 1951. La parálisis del FNC se evidenció cuando se integraron en 1945 en el Bloc Nacional Català (Bloque Nacional Catalán), impulsado por ERC en el exilio. Con Josep Irla en la Presidencia de la Generalitat se formó un nuevo Gobierno, y el FNC ni siquiera fue consultado. Toda una muestra de su debilidad y de su precariedad. Sus integrantes se sintieron menospreciados. Sus máximos dirigentes eran Antoni Andreu i Abelló —que fue secretario general de Estat Català al finalizar la guerra civil— y Joan Cornudella. Este último se fue alejando de la organización y en 1978 se integró en el Partit dels Socialistes de Catalunya-Reagrupament de Josep Pallach, siendo elegido diputado por el PSC en 1980. Otros militantes como Jaume Martínez Vendrell o Daniel Cardona siguieron auspiciando un grupo armado de autodefensa que dinamizase la lucha de masas y complementase las movilizaciones políticas antifranquistas, que cristalizó en la creación del Front d'Alliberament de Catalunya (Frente de Liberación de Cataluña) y posteriormente en el EPOCA, el Exèrcit Popular Català (Ejército Popular Catalán).

Las cuitas internas debilitaron aún más al FNC, que apenas contaba con unos centenares de militantes —las crónicas independentistas sitúan en 500 el número de militantes, lo que es más que cuestionable— en la década de 1950. Los jóvenes que se iban sumando se alejaban de los planteamientos ideológicos del partido y se iban acercando a postulados marxistas-leninistas. Estas nuevas generaciones de jóvenes independentistas constituyeron estos grupos antes mencionados que intentaron desarrollar una actividad militar, también de cuestionable éxito. Ninguno de

estos grupúsculos consiguió cuajar en la Cataluña franquista y muchos de sus militantes se integraron con el paso del tiempo en grupos de apoyo a Terra Lliure.

Estos jóvenes disidentes del FNC crearon en 1968 un partido independentista y revolucionario de inspiración comunista, marxista-leninista: el Partit Socialista d'Alliberament Nacional (PSAN), al albur del Mayo del 68. El nombre del partido no es baladí, porque recoge el concepto de «liberación nacional» utilizado por las organizaciones de todas aquellas naciones del mundo que reivindicaban su libertad frente a la opresión del Estado colonizador, defendiendo su derecho a la autodeterminación. De hecho, el PSAN se quiere ver reflejado en la revolución argelina. El nuevo partido está formado por jóvenes muy ideologizados procedentes de la universidad y del ámbito cultural. Carles Benítez, militante de Terra Lliure, justifica la aparición del PSAN como una respuesta a la construcción de «un tejido cultural, intelectual y asociativo que llevaría al estallido de la conciencia de Países Catalanes en los años setenta», todo un alarde conceptual que poco tiene que ver con la realidad de la época.

El partido establece como un hecho incuestionable en el imaginario del independentismo que Cataluña es una nación oprimida por un Estado, el español, a través de la «monarquía borbónica posfranquista dirigida por la oligarquía española» que coarta la libertad del pueblo y le impide acceder a su soberanía. La opresión nacional está ejercida también por el Estado francés, hijo de la Revolución francesa, considerada una revolución burguesa «que representa una nueva ofensiva de desnacionalización y de colonización económica e irrupción de formas que favorecen la penetración del sistema capitalista, que se acelera a lo largo del siglo xx», según Carles Castellanos —fundador del PSAN—. Esta opresión nacional se completa con la opresión social que inflige al «pueblo catalán» el modelo capitalista de Estado.

Con estos criterios, el PSAN fija su objetivo en la consecución de un Estado socialista catalán y pretende concienciar a los catalanes de «la doble opresión, nacional y social», apuesta por la liberación nacional de los Países Catalanes —no solo de Cataluña— constituyendo células en la *Catalunya Nord*, la Cataluña del Norte, la zona del sur de Francia que hasta el tratado de los Pirineos formaba parte de Cataluña—1971—, Valencia —1974— y las Baleares —1976—. El nuevo partido, además de estos planteamientos de cara al futuro, mira al pasado y recupera la épica burguesa nacionalista de finales del siglo XIX para justificar «el derecho de autodeterminación» de la nación catalana.

En estos primeros años de andadura, el movimiento independentista, lejos de consolidarse y expandirse, se resquebraja en luchas intestinas. Escisiones y disputas lo dividen en una multitud de grupúsculos, en más de una ocasión irreconciliables, que lo convierten en víctima de sí mismo. «El sectarismo es nuestro principal adversario», resume el actual diputado de la CUP, Albert Botran, en sus escritos. Su objetivo siempre ha sido liderar el cambio social y político y suplantarse a la burguesía y a la izquierda moderada, que se sometía a los principios capitalistas del Estado y contemporizaba con la ocupación nacional de los Estados francés y español. Para lograrlo, dos estrategias se han mantenido en constante enfrentamiento a lo largo de los años. Han sido sus semillas de la discordia. De una parte, los que propugnaban como prioridad la liberación nacional que abriría las puertas a una revolución social que construyera un Estado socialista —y así, por definición, mejor—, y de otra, los que no entendían esta liberación nacional sin una liberación social. Es decir, primero la revolución y luego la independencia. Esta contradicción tiene un elemento sumatorio. Los que de una parte propugnaban un movimiento independentista bajo la dirección de un partido nacional

fuerte, y los que de otra abogaban por ampliar la base de la izquierda radical con el asociacionismo civil y reivindicativo de convicción asamblearia.

Esta tónica de crisis permanente ha permanecido en el tiempo, se ha repetido constantemente y ha llegado a nuestros días. El éxito de la Candidatura de Unidad Popular (CUP), que entra con fuerza en los ayuntamientos en el año 2007, es aunar bajo su paraguas —es un movimiento y no un partido— a todas las sensibilidades del independentismo histórico abriendo sus puertas a organizaciones de izquierdas y a movimientos locales que se organizan en asociaciones de carácter reivindicativo, asociativo y cultural. Pero la disputa tradicional sigue estando ahí, aunque larvada, porque nunca ha sido superada y mantiene vivas las dos almas de la izquierda radical independentista.

Estas contradicciones son las que han aflorado en la CUP ante la investidura de Mas. O invertir a un presidente conservador que defiende el sistema capitalista, aunque sea la clave para conseguir la liberación nacional, o no investirlo para priorizar la revolución social que debe llevar a la liberación nacional. Dicho de otra manera, los partidarios de las reformas que marquen el camino hacia la independencia o los partidarios de la ruptura y la desobediencia ante las estructuras de un Estado opresor sustentado en una clase opresora, tanto española como catalana, para abrir el camino de la liberación nacional con la constitución de la República Catalana.

En 1973, el PSAN atraviesa una aguda crisis y se produce la primera escisión. Los sectores más radicales del partido, agrupados tras Carles Castellanos, Eva Serra o Agustí Alcoberro, crean el Partit Socialista d'Alliberament Nacional-Provisional (PSAN-P). En el PSAN se mantiene el grupo mayoritario, con Joan Josep Armet, Jordi Marsal, Isona Passola —actual presidenta de la Academia de Cine—, Casimir Boix o Josep-Lluís Carod-Rovira entre sus dirigentes. Alrededor de Carod-Rovira se constituye un grupo

que se llamó años más tarde el «Clan de la Avellana», por ser todos sus miembros de las comarcas de Tarragona, cuando se integraron en Esquerra Republicana.

El PSAN mantiene su actividad política en la Assemblée Nacional Catalana —organización unitaria que agrupa a todos los sindicatos, organizaciones empresariales y partidos democráticos—, mientras que los escindidos la desaprueban. Este grupo de militantes más radicales abandona la organización acusando a sus compañeros de «seguidismo y acomodación pequeñoburguesa», acusación tradicional en el movimiento comunista que tiene sus orígenes en Karl Kautsky, líder socialista alemán, que fue calificado por Lenin como «oportunista» o «renegado». El PSAN-P incorpora a la izquierda independentista a militantes procedentes de las clases populares alejados de la teorización «universitaria e izquierdosa», según relata Carles Benítez en su libro *Terra Lliure: punto de partida*. El nombre de Provisional se añadió a PSAN tomando como referencia al IRA-Provisional, buscando la similitud de ambos movimientos independentistas, favorables a la actividad terrorista para doblegar al Estado o, en su lenguaje, favorables a la lucha armada. En marzo de 1975, el PSAN-P lanzó la consigna «Impulsar el movimiento, construir el partido», arrogándose la representación del pueblo y la dirección política del independentismo, lo que les alejó todavía más de su hermano gemelo, el PSAN.

El PSAN-P busca un enfrentamiento directo con el Estado —incluidas las armas— y aborda la independencia como un proceso de ruptura tras la muerte del dictador. Su biblia de cabecera fue *El fenómeno nacional*, escrito desde la cárcel por Carles Castellanos, uno de sus líderes, en 1974. Castellanos ha ido reeditando la publicación hasta nuestros días. El nuevo partido firma un acuerdo de colaboración con ETA, el MPAIAC —independentistas canarios— y con la Unión do Povo Galego. Según Albert Botran, actual diputado de la CUP y militante de Poble Lliure, «El PSAN-P